

LOS LIBROS

LA HERENCIA MORAL DE LA FILOSOFÍA GRIEGA, *por Enrique Molina*.—Edic. «Atenea».—Concepción

Enseñar deleitando, aprisionar la atención del lector y sujetarlo a las páginas de un libro, cuyo objeto no es precisamente el de recrear el espíritu por medio de una hermosa ficción literaria, sino que el de instruirlo en una de las ramas del saber humano, no es por cierto tarea fácil. Sin embargo, don Enrique Molina lo consigue sin esfuerzo en este atrayente libro que acaba de publicar con el título de «Herencia moral de la filosofía griega», cuyo contenido a medida que se va conociendo despierta en el lector el más vivo interés. Es esta obra sin duda, el fruto de perseverantes estudios y de largas meditaciones alrededor de los principios y sistemas que informaron la filosofía helénica e hicieron célebre al pueblo griego, que supo honrar y enaltecer los valores del espíritu cuando se produce allí, ese milagro de que habla Renán «que no ha existido más que una vez, que no se había visto jamás, que no se volverá a ver, pero cuyo efecto durará eternamente».

Este libro, revelador de los profundos estudios hechos por un alto maestro, educador de varias generaciones, es una bella y significativa prueba de que el autor de la «Vida de Jesús» no se equivocó al hacer la afirmación que acabamos de transcribir. A tres mil años de distancia, después de cruzar dilatadas y espesas lagunas de sombra, las lecciones morales que nos legara el pensamiento griego por medio de sus filósofos más

eminentes tienen un valor de actualidad y un prestigio que se mantiene vivo e inalterable. La civilización moderna ha logrado conseguir que la ciencia, la mecánica y el arte mismo, haya podido recorrer los más prodigiosos e insospechados caminos, pero en lo que se refiere a la psiquis, a esa sustancia sutil cuya raíz se sustenta en el alma humana, para orientarla en la manera de alcanzar un destino, el mundo no ha dado un paso. El sentimiento ha variado en sus formas de expresión, pero en el fondo permanece inalterable, igual a aquellos remotos años en que Sócrates o Platón anunciaban ante sus discípulos sus conceptos filosóficos. La humanidad sigue haciendo sus ensayos de sistemas morales o políticos sin que logre encontrar la fórmula que la conduzca a la felicidad definitiva que permanece envuelta en un misterio inextricable y, que posiblemente, no habrá de ser jamás atributo de este ser perecedero que es el hombre. La civilización occidental nacida en Grecia huye del paganismo arrogante y desdeñoso, que adora la belleza por encima de cualquier otro bien terrenal para refugiarse en el cristianismo que ofrece un paraíso extraterrenal que a ninguna escuela filosófica de la antigua Grecia se le ocurrió concebir. Los estoicos que desdeñaban las grandezas y las comodidades que ofrece el dinero, no esperaban más allá de la vida nada de los dioses. El cristianismo cambió los fundamentos morales de los griegos para asilarse en el misterio ilusionado e inquietante del dogma, pero la perfección humana, sigue siendo una deidad esquiva, cuyo secreto no ha sido posible arrancar.

Con una sencillez clara y profunda, con esa serenidad que se advierte en un piloto experto por más que navegue en aguas profundas y tormentosas, don Enrique Molina nos va poniendo en contacto con los elementos espirituales que forman el acervo de su libro. En un estilo sin aderezos, ni pretensiones, pero liviano, plástico y sugerente, nos lleva por caminos que no son por muchos frecuentados, para ponernos frente a aquellas mentalidades que fueron faros poderosos capaces de perforar los

siglos con la luz de su pensamiento. Al comienzo, la excursión nos intranquiliza un tanto. Nos sentimos como aquel que mira una estatua magníficamente realizada o una obra de arte cualquiera, y que aun cuando la admira, no sabe expresar la emoción que lo embarga. Mas, poco a poco, nos vamos tranquilizando. Nuestro guía conoce todos los secretos de esta maravillosa excursión a través de las rutas trazadas por aquellos espíritus superiores sobre la dura corteza de la ignorancia humana. En su amable y provechosa compañía asistimos al nacimiento y desarrollo de las escuelas filosóficas fundadas por aquellos maestros que con intuición portentosa buscaron en el alma y en la naturaleza del hombre, hasta llegar a forjar una arquitectura moral, cuyos diversos aspectos podemos conocer, comenzando por los filósofos pre-socráticos para seguir después con los sofistas, los cínicos y los epicúreos hasta llegar a los estoicos.

Hace meditar largamente la lectura de este libro, tanto por su contenido de un valor inapreciable, como por el esfuerzo que representa. Es una valiosa y admirable síntesis de lo que significó la cultura griega y de su visible influjo sobre la cultura moderna. Es un aporte concienzudo, ordenado y metódico que llega a enriquecer la cultura chilena y a facilitar el conocimiento de estas materias a los que se dedican a esta clase de estudios de tan alto y positivo valor espiritual. ¿Cómo ha podido el señor Molina, hombre tan lleno de ocupaciones y de preocupaciones y realizador de tantas empresas que requieren esfuerzos y desvelos sin cuento, adentrarse tan hondamente en ese mundo desvanecido en un pretérito remoto, cuyas fuentes de información son tan diversas e innumerables?

Es necesario tener presente que el señor Molina no se limita a enunciar los principios y sistemas sustentadas por cada escuela filosófica. Agrega también su comentario docto, situándose siempre en su calidad de pensador, para informarnos por medio de un eclecticismo amable, sobre las ventajas o inconve-

nientes de tal o cual doctrina. A las leyendas sabe darles animación, fuerza expresiva y singular colorido. Y cuando nos muestra la figura de un hombre se muestra experto y hábil para ponerlo en pie y hacerlo caminar por la vida, creándole su verdadero mundo, lleno de atisbos felices que dan el relieve necesario a aquellas poderosas figuras humanas, que, valiéndonos de una frase de Ortega y Gasset «dominaron un destino y lo llevaron a la zaga como un can dócil». Una bella y robusta muestra de esta afirmación son sus páginas sobre Sócrates y Platón, verdaderas biografías que se leen y releen con especial agrado, pues están definidos como hombres y como pensadores, con certera visión.

La de Sócrates está impregnada de calor humano, de un vital y emocionado estremecimiento. No son sus doctrinas y enseñanzas las que se nos quedan únicamente, es también la figura del hombre trazada con maestría y sentimiento artístico del mejor gusto. En la de Platón, se ve como aquel espíritu llena todo el ámbito. El discípulo sobrepasa al maestro en agilidad mental, en gracia y en fina ironía. Sus escritos ostentan las más fabulosas gemas del ingenio, que refulge en múltiples facetas. Así cuando se burla de los sofistas, a quienes califica como «maestros en los combates verbales y mágicos de la palabra, capaces de presentar como verdadero lo falso y como real lo que no existe». Así cuando expresa sus conceptos sobre la República en donde se leen sentencias que parecen escritas por un pensador de hoy, frente a los desenfrenos de la demagogia o las insolentes arrogancias de las doctrinas que propician la implantación de regímenes cesáreos, que buscan el bienestar de unos pocos a cambio del dolor y destrucción de los demás. Parece estarnos hablando en el presente el filósofo griego cuando nos dice: «El desorden es decorado con el seductor nombre de libertad, el impudor con el de virilidad». «El moderado pasa por débil y el temor religioso por ingenuidad». «El tirano que sale generalmente de los que así mismos se llaman protec-

tores del pueblo, principia por halagar y servir a la muchedumbre, pero luego persigue y extermina sin piedad a sus enemigos».

Por medio de este libro nos damos cuenta de la cuantía y del valor de esa herencia moral que nos legara la filosofía griega, cuya influencia en el mundo occidental se desvirtúa en la Edad Media ahogada por el oscurantismo que dominó a esa época. Empero, renace con juventud eterna, en el siglo XVIII por medio de los conocimientos de los enciclopedistas franceses que como Diderot y Voltaire y algunos filósofos entre ellos Rousseau, logran romper el espeso velo con que los prejuicios religiosos pretendieron sepultarla en el olvido. El caso de que el «Banquete», de Platón, permaneciera falseado hasta mediados del siglo XIX que es cuando la cultura moderna conoce su verdadera versión podría citarse como una prueba de este aserto.

Es realmente un timbre de orgullo para Chile, que estas doctrinas de tan elevada calidad moral, encuentren un intérprete y divulgador tan eminente como el señor Molina, cuya vida constituye un austero y noble ejemplo de lo que puede hacer una existencia humana, cuando se consagra por entero a servir la cultura de un país. Ahora nos explicamos como don Enrique Molina ha sabido esquivar todos los escollos de una vida fecunda en empresas espléndidamente realizadas, hasta llegar serenamente a ocupar la situación de respecto y de prestigio que hoy le ortorgan en todos los países americanos.—LUIS DURAND.



NOVELAS DEL TROPICO

LOS CONUQUEROS, por *Julio Ramos*. (Caracas, 1936) y RED por *Arturo Uslar Pietri*. (Caracas, 1936).

Parece que la muerte de Gómez reavivó las letras venezolanas. En un hervor de vida, las prensas de Caracas nos transmi-